

EL RETRATO OVAL, de Edgar Allan Poe

El castillo en el cual a mi criado se le había ocurrido penetrar a la fuerza en vez de permitirme, malhadadamente herido como estaba, de pasar una noche al ras, era uno de esos edificios mezcla de grandeza y de melancolía que durante tanto tiempo levantaron sus altivas frentes en medio de los Apeninos, tanto en la realidad como en la imaginación de Mistress Radcliffe. Según toda apariencia, el castillo había sido recientemente abandonado, aunque temporariamente. Nos instalamos en una de las habitaciones más pequeñas y menos suntuosamente amuebladas. Estaba situada en una torre aislada del resto del edificio. Su decorado era rico, pero antiguo y sumamente deteriorado. Los muros estaban cubiertos de tapicerías y adornados con numerosos trofeos heráldicos de toda clase, y de ellos pendían un número verdaderamente prodigioso de pinturas modernas, ricas de estilo, encerradas en sendos marcos dorados, de gusto arabesco. Me produjeron profundo interés, y quizá mi incipiente delirio fue la causa, aquellos cuadros colgados no solamente en las paredes principales, sino también en una porción de rincones que la arquitectura caprichosa del castillo hacía inevitable; hice a Pedro cerrar los pesados postigos del salón, pues ya era hora avanzada, encender un gran candelabro de muchos brazos colocado al lado de mi cabecera, y abrir completamente las cortinas de negro terciopelo, guarnecidas de festones, que rodeaban el lecho. Quíselo así para poder, al menos, si no reconciliaba el sueño, distraerme alternativamente entre la contemplación de estas pinturas y la lectura de un pequeño volumen que había encontrado sobre la almohada, en que se criticaban y analizaban.

Leí largo tiempo; contemplé las pinturas religiosas devotamente; las horas huyeron, rápidas y silenciosas, y llegó la media noche. La posición del candelabro me molestaba, y extendiendo la mano con dificultad para no turbar el sueño de mi criado, lo coloqué de modo que arrojase la luz de lleno sobre el libro.

Pero este movimiento produjo un efecto completamente inesperado. La luz de sus numerosas bujías dio de pleno en un nicho del salón que una de las columnas del lecho había hasta entonces cubierto con una sombra profunda. Vi envuelto en viva luz un cuadro que hasta entonces no advertiera. Era el retrato de una joven ya formada, casi mujer. Lo contemplé rápidamente y cerré los ojos. ¿Por qué? No me lo expliqué al principio; pero, en tanto que mis ojos permanecieron cerrados, analicé rápidamente el motivo que me los hacía cerrar.

CAMPAÑA MANTELES LITERARIOS

Colaboran:

Restaurante Marchivirito (Badajoz)
Restaurante-Venta Don José (Badajoz)
Mesón Arriero (Badajoz)
Hotel Cervantes (Mérida)
100 montaditos (Mérida)
Cantina Mariachi (Mérida)
Restaurante El Fogón (Montijo)
Mesón-Rest. Monterrey (Villafranca de los Barros)
Restaurante Ramírez (Zafra)
Tapería Torre de Sande (Cáceres)
Restaurante El Puchero (Cáceres)
Cafetería Cáceres (Cáceres)
Bar Adarve (Cáceres)
La Parrilla de Galarza (Cáceres)
Restaurante El Clave (Valencia de Alcántara)
Mesajería de Buenavista (Buenavista)
Restaurante La Fajeta (Móvil)

lecturaextremadura
Plan de fomento de la lectura de Extremadura

Poe es uno de los maestros universales del relato corto, como pueden comprobarse en este fragmento de El retrato oval. Influyó en los autores más destacados de la literatura de terror, sirriéndoles como modelo. También a autores tan actuales como Baudouine, Usher o El peregrino negro. La calidad de la narración y la fuerza de sus imágenes, así como la profundidad de sus temas, han interesado a autores como H. James, Cortázar, Quirrión, Maupassant o Borges.